













# DISCURSO INAUGURAL

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LOS ESTUDIOS

DE LA

Universidad de Salamanca



PRONUNCIADO

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1846

POR EL

**D. D. RAMON NIETO,**

*Catedrático de Perfeccion de Latin, Cura Párroco de Sta. Eulalia, é individuo de la Real Capilla de San Marcos de dicha Ciudad.*



**SALAMANCA.**

—  
POR D. BERNARDO MARTIN, IMPRESOR DE LA  
UNIVERSIDAD.





**LAMADO**, Señores, por mi deber i á nombre de este cuerpo literario para dirigiros la palabra en la solemne apertura de estos estudios públicos mucho vacilaba al elegir el asunto, que en este dia ocupára dignamente la atencion de tan ilustrado i respetable auditorio. Verificada hace el año una casi total innovacion en la enseñanza i métodos académicos, se abria delante de mi vista un ameno i espacioso campo, sembrado per todas partes de nuevas flores con que poder adornar mi discurso. Las ciencias, las letras, i las artes, i hasta la naturaleza misma, como encerrada entera en el vigente plan de estudios, ofrecian con cierto encanto á mi consideracion muchos de aquellos sublimes cuadros, que con inesplicable placer sorprenden de repente la inteligencia humana, la arrebatan i llevan tras sí

suavemente á ecsaminar , i descubrir los secretos enlaces , i delicadas combinaciones con que se unen , ordenan , i disponen partes entre sí contrapuestas para formar un todo armonioso i agradable. Empero colocado por mi REINA D.<sup>a</sup> ISABEL II al frente de la enseñanza de la mas pura latinidad , no parecerá extraño que en este solemne momento tome á mi cargo la defensa de tan provechoso estudio para ponerle á cubierto del alto menosprecio con que en nuestros dias le ultrajáran sin merecerlo algunos pretendidos filósofos , que con lisonjeras palabras i las galas encantadoras de una faláz elocuencia lograron con mengua de la verdadera ilustracion alucinar una gran parte de la juventud española.

Bien conozco , Señores , que mis reflexiones , por sólidas que sean , no parecerán á todos bastante acertadas , ni llevan la marca de la general aprobacion ; mas tampoco se me oculta que la revolucion de todos los paises guiada á las veces del espíritu de una reforma poco meditada introdujo la anarquía literaria ; i descargando tambien su hacha sobre el arbol de las ciencias hizo que algunos se creyesen en el desvanecimiento de su acalorada imaginacion superiores al maduro parecer de los sábios , que en todos tiempos gastaron sus mejores dias en el cultivo de las lenguas , i alcanzaron con su auxilio i porfiadas taréas penetrar en el sagrado de las ciencias , i comprender en él los ocultos arcanos de sus bellezas. I ¿ nó es de maravillar que , habiendo sido general el uso de la lengua latina en la mayor parte de las naciones de Europa , se la mire hoy con desprecio en nuestra España , i quieran algunos se presente tal vez como nada ventajosa en la carrera de la civilizacion ?

De extrañar es por cierto , Señores , que cuando tan demostrada está su utilidad , é importancia , cuando las prin-

cipales naciones la cultivan con tanto esmero, se pretenda aun pintarla como contraria á todas luces con los adelantos i el saber. Desvanecer cuanto me sea dado esta funesta preocupacion, que predominando sobre la generalidad del pueblo causó con daño de la juventud estudiosa lamentables estragos en la cultura de las ciencias, bien merece ahora me presteis vuestra atencion. Confiado como otras veces en la indulgencia mas que en mi habilidad oratoria espero me escuchareis gustosos mientras, correspondiendo á las altas miras de S. M., i acomodándome en este dia á tan vario i numeroso auditorio, os hablo por unos momentos en lengua castellana de la suma importancia del estudio de la bella latinidad. Su conocimiento es en gran manera útil considerado bajo el punto de vista científico, histórico, i literario.

Las lenguas, Señores, tienen como la vida del hombre su infancia, su juventud, su virilidad, i vejez. Nacen débiles i flacas con la sociedad: se nutren, i alimentan con las ciencias: se robustecen i progresan con la civilizacion: marchan unidas á los adelantos de los conocimientos: sufren los cambios i vicisitudes de las naciones: i tocando al término de sus dias mueren con gloria dejando tras sí hondamente impreso el sello de la ilustracion de los pueblos, que les dieron ser: su suerte en fin es la suerte de los imperios. Tal fué el destino de la lengua de Lacio: de este pueblo tan conocido por su origen como por su grandeza, que alzándose vigoroso de su humilde cuna logró encumbrarse sobre las demas naciones, i dominar el mundo. De Roma hablo, Señores, de aquella nacion, cuyo nombre recordarán siempre con gloria los amantes del saber, i admirarán cuan viva i natural mantiene aun en el dia su lengua muerta la idea de

su grandeza, la magestad de su imperio, i la urbanidad i policia de la corte del mundo. En ella florecieron como en ninguna otra república las ciencias, i las letras. Lejislacion, Filosofia, Literatura, todo fué tratado en sus inapreciables obras con tan admirable finura i profundidad, que pasman, i apenas puede concebir hoy el ingenio humano. ¿Cómo pues podrán los que se dedican á las carreras literarias acudir sin el conocimiento del latin á beber, por decirlo así, la ciencia en las verdaderas fuentes de la antigüedad?

Sin su apoyo el teólogo marchará con paso incierto i tembloroso en el discurso de sus taréas; i falto de tan acertado guia pocos serán sus progresos, i caerá insensiblemente en los errores, en que muchos se precipitaron en todos tiempos por no apreciar, como se merecieran, los monumentos en que mayormente fueron escritas las eternas i augustas verdades de tan importante ciencia. Mas alumbrado con la antorcha de la latinidad entrará facilmente, i recorrerá seguro el vasto i florido campo de la revelacion. En él admirará la sublimidad i sencillez de su doctrina; sentirá la elevacion i profundidad de sus máximas; i le encantarán la dulzura i pureza de costumbres con que ha civilizado á los pueblos, que en su prosperidad la colocaron agradecidos en el lugar que la correspondiera. Solo así podrá el teólogo dedicarse con mas provecho á la lectura de los libros inspirados i divinos que, habiendo escapado de la injuria de los tiempos, han llegado sin mancilla hasta nuestros dias: «libros preciosos, como dice el filósofo Agustino, con que los vicios se corrijen, i las costumbres se informan, i los niños pequeños se crian i perfeccionan, i los grandes se ejercitan.» I ¿cómo el teólogo conocerá á fondo las verdaderas fuentes de la tradicion, i siendo la lengua latina la de su ciencia en todas las naciones cómo usará con acierto de

aquellas armas que manejaron sábios i consumados literatos para defender el dogma, i combatido el error dejaron luego depositadas en el arsenal de la religion? Las sagradas escrituras, la tradicion, los dogmas, el maravilloso establecimiento de la Iglesia, su ajigantado progreso, su sábia legislacion, su disciplina, sus ritos, sus costumbres, todas las verdades, por fin, en que la revelacion ha consagrado las máximas fundamentales de la razon i de la sana política, serán ignoradas del teólogo con mengua de la ciencia i del sólido saber.

Es indudable que al ventajoso estudio de la bella latinidad está reservado abrir las puertas para las ciencias teológicas. Con él aprenderán los jóvenes cómo la religion ennoblece la ley natural, lleva al hombre por los diferentes estados de la vida, i proporcionándole lo mismo que la razon le aconseja consigue la felicidad moral en esta vida, i promueve la de sus asociados: con él registrarán los inmortales autores, que llenos de ideas i poseiendo con perfeccion la lengua patria depositaron á beneficio del mundo sabio sus luminosos conocimientos en la mas culta latinidad: i con él consultarán aquellas producciones que serán siempre maestros de todas las edades mientras se aprecien las bellas letras por su gusto, por su doctrina, i erudicion. ¿Quién no admira al español Luis Vives que habló en todas sus obras la lengua muerta de Roma con una propiedad i elegancia inimitables? I ¿quién no se envanece al oír de boca de algunos críticos i sabios extranjeros que nuestro Juan de Mariana escribió en latin con tanta maestría i pureza, que se espresó mejor que los historiadores del tiempo de Augusto? Lozana atravesará tambien los siglos la memoria de aquellas dos lumbreras de varia i delicada literatura, Sepulveda i Cano, por no referir otros muchos, que para gloria

de la religion vindicaron con urbanidad i elocuencia la verdad del dogma oponiendo á la vasta erudicion de sus enemigos todo el primor i belleza de las letras de Lacio.

Por desgracia, i para mal de la Iglesia ha venido entre nosotros á tal abandono i desprecio el cultivo de la latinidad que, conociendo la malquerencia con que algunos han mirado á los que consagrados al interesante estudio de la revelacion se dedicaban á una con laudable celo á la literatura, se huyó como avergonzada de aquellos asilos de la juventud estudiosa, que le dieron gustosos favorable acogida en su desvalimiento. Ya comprendereis, Señores, que me refiero á los Seminarios Conciliares, á esos casi modernos establecimientos, suspirado fruto de los sábios de Trento, que creados entre mil contradicciones i repulsas, i luchando desde su nacimiento con la maliciosa ignorancia, han llegado á nuestros dias sin zozobrar por fortuna de la Iglesia, i para bien de la patria entre los muchos riesgos, i peligrosas tormentas, que les suscitaron nuestras convulsiones políticas, i otras antiguas causas, que no es de ahora el ecsaminar.

Pero ¿para qué distraer mas vuestra atencion? La lengua latina es la lengua de nuestra Iglesia. En ella elevan sus ministros al cielo en nombre del pueblo humildes i fervorosas súplicas: en ella están escritos los suaves i armoniosos cánticos, que resuenan diariamente en los augustos templos: en ella tambien leemos en frase espresiva i elegante los salmos, aquella poesía rica i varia, propiamente divina, que, aventajando á todas en la oportunidad i viveza de las comparaciones, en la suavidad i ternura de los afectos, i en la fuerza i dignidad de las imágenes, encierra las ideas mas sublimes i grandiosas. Imposible es que la ciencia del dogma, tan necesaria en un país católico, pueda dar sazonados frutos sin la perfecta posesion del latin. Cerradas estarán con

siete sellos para el teólogo las muchas i escelentes obras que nos legaron los antiguos; ni comprenderá las pocas i de no escaso mérito que tenemos en nuestro idioma.

¿ El jurisconsulto defensor de la hacienda, del honor, i de la vida de sus conciudadanos podrá mirar tan útil estudio con fría indiferencia? El derecho romano origen de el de las demas naciones, que será siempre admirado por los verdaderos sábios, allana poderosamente el camino, i esparce luminosos conocimientos para los que se dedican á la inteligencia i ecsamen de las leyes patrias. Obligados se verán muchas veces á recurrir en sus consideraciones á la fuente misma de donde se tomaron, i estudiando alli detenidamente sus disposiciones se creerán con razon afortunados en poder emplear con utilidad el tiempo para admirar aquellos sábios modelos de la mas sublime i elocuente legislacion. ¿ Podrá el jurista adquirir sin el idioma latino sólidos i profundos conocimientos, cuando ni los códigos romanos, ni las obras en que hombres eminentes consignaron los fundamentos inalterables de la justicia i del derecho no se han traducido todavia en nuestra lengua? ¿I el médico encargado de hacer con sus luces mas llevaderos los padecimientos de la humanidad doliente no habrá de leer muchos de los antiguos i discretos libros de tan difícil como interesante ciencia?

La historia, Señores, reclama tambien el auxilio del latin para formar el retrato de los siglos pasados, i pintar con propios colores sus verdaderas formas para instruccion de los presentes i venideros. Sin él sepultados estarán en eterno olvido los grandes hechos que acaecieron en las primeras épocas del mundo, i nuestra cultura i civilizacion hubieran tardado mucho en llegar á la cumbre en que las vemos. Sabido es hasta qué punto estendió el pueblo romano, i per-

feccionó su lengua cuando llegó á ser general en todas las naciones como lo fueron sus usos i costumbres, que si lastimosamente desaparecieron, aquella se conservó sin duda por mucho tiempo, porque conocieron los hombres instruidos que, si algo sabian i podian aprender, era necesario recurrir á sus obras.

Las armas afortunadas en sus conquistas llevan con la victoria, para beneficio muchas veces de los pueblos subyugados, el mando, las leyes, las ciencias, las artes, i el habla de sus naciones. Roma en el encumbramiento de su poder, cuando mas solícita andaba por ensanchar los límites de su imperio, dió con glorioso empeño nuevo esmalte á su lengua. Los cultos literatos, los sábios i entendidos capitanes aun entre los pertrechos i varios lances de la guerra, enriquecidos todos con las luces i conocimientos de Grecia conspiraban á una con noble emulacion á engrandecerla; pero sin olvidar nunca que una lengua, que se perfecciona i aumenta, no puede, ni debe recibir gustosa nuevas palabras, que no dicen bien con su genio i naturaleza. De aquí el alto grado de ilustracion que alcanzaron nuestra España i otros pueblos bajo la dominacion romana; i de aquí el buen gusto que habian introducido en las ciencias i en las letras fué debido principalmente al maduro i reflexivo estudio del latin. Pero por una fatalidad inconcebible la perfeccion en todas las cosas humanas está prócsima, i casi toca siempre en la decadencia. Muy en breve desaparecieron las glorias i adelantos de los romanos, i á su vez los pueblos, que se olvidaban de las instituciones, vinieron á abandonar con desprecio la lengua de su metrópoli. Sin embargo los grandes hombres de Estado de todos los paises se formaron en gran parte en la lectura de los autores clásicos; i bebiendo en estas puras fuentes aprendieron los útiles conocimientos para re-

gir el mundo. Pues ¿de qué otra manera hubieran sabido los progresos que hizo el pueblo romano, las guerras que sostuvo, la conducta que observó con los vencidos, su política, sus leyes, i el grado á que elevó las ciencias?

Si para remontarnos á conocer el origen de la nacion, á quien debemos nuestras instituciones, nuestras leyes, i adelantos, es indispensable el conocimiento de su lengua, no la habremos de necesitar menos para una época mas avanzada: para aquellos tiempos en que la ilustracion se reconcentró en el Clero, i estuvo por largos años como vinculada á la Iglesia. En los siglos medios vino á ser tan general el uso de la lengua latina que en ella se encuentran escritas casi todas las obras i monumentos públicos. Llenos están los archivos de todas las naciones de sus pactos i convenios: llenos los de los Nobles de los títulos i concesiones de su Grandeza: llenos los depósitos de la fé pública de muchos é interesantes documentos: i llenos, en fin, estaban los archivos de muchas casas i establecimientos, que perecieron por la insaciable voracidad del tiempo. ¡Tan necesario es el conocimiento del latin para saber los adelantos del pueblo romano, la influencia que ejerció en nuestra España, i los pasos que hemos dado en la carrera de la civilizacion!

No se descubre menos su utilidad para los que se dedican al ameno estudio de la bella literatura. Pocos han sido en todos tiempos los que pudieron con sus desvelos comprender con perfeccion los verdaderos principios i reglas de una lengua, que son la base para comunicar nuestros pensamientos con pureza, propiedad, i buen gusto. Empresa árdua i difícil, que tanto dió que suspirar á aquellos ingenios privilegiados que, penetrando primero la esencia de las cosas i sus relaciones, manifestaron luego sus ideas en espresiones significativas i bien coordinadas. Roma, que por ésto se disti-

guió tanto entre los primeros pueblos, i puede gloriarse de haber zanjado los cimientos del importante i agradable estudio de las humanidades, merece con razon la corona del premio por haber comprendido las inapreciables ventajas del bien decir. Cultivada la gramática con los conocimientos filosóficos creó una literatura nacional que, descollando por la superioridad de su irresistible elocuencia, hizo tan esclarecidos los nombres de aquellos ingeniosos talentos, que la embellecieron, como las memorables hazañas de los capitanes de su tiempo. Jamás apareció tan triunfante el mágico poder de la palabra como cuando salia de los labios de Ciceron. ¿Quién con él no se entenece, i llora en la defensa de Milon? ¿Quién poseido de un santo amor por su patria no aborrece á Verres i Catilina? ¿I quién con él no venera á Murena i á Pompeyo? Absolver á unos, condenar á otros, arrastrar á su arbitrio la voluntad del senado, el dictamen de los jueces, i aplacar los furores del pueblo rey eran el triunfo ordinario de su divina elocuencia. César el mejor i mas grande de todos los historiadores escribió con pureza i elegancia la narracion de sus mas ilustres hechos. No son menos dignos de elogio aquellos acabados modelos del bien hablar: Cátulo por la suavidad, Virgilio por su cultura, Horacio por su discreta amenidad, Ovidio por la fluidéz, Tácito por su energía i concision, Salustio por la profundidad, y la preciosa compilacion de Livio por nuestro compatriota Floro, que tanto aprecio se mereció de los romanos, con otros muchos que dieron lustre al lenguaje latino, i que por brevedad i no fatigar mas la memoria omitimos. Compárense en buen hora sus obras con las de los siglos posteriores i aun las de nuestros dias, i nos veremos precisados á confesar la superioridad que nos llevan en la propiedad del lenguaje, en la fluidéz i elegancia del estilo, en la verdad i be-

lleza de los pensamientos, i en aquel conjunto armonioso que se observa en todas sus obras, que divinizan sin duda el rango de la sublime literatura.

Es verdad que todas las naciones pueden gloriarse de tener en su idioma producciones engalanadas de una florida i original elocuencia: i la España se envanecerá siempre con los nombres de Cervantes, Mariana, Leon, Granada, Jovellanos, Moratín, Toreno, i otros que la modestia impide nombrar, que con tanta pureza escribieron sus obras, i que tanto contribuyeron á perfeccionar i embellecer nuestra rica i abundante lengua. Pero, si el idioma latino no les hubiera auxiliado con sus preceptos, con sus reglas, i con sus modelos; á no haber ocupado entre ellos un lugar mui preferente el profundo estudio de los clásicos romanos ¿ habrian llegado á merecer, ni alcanzar el renombre de príncipes de la lengua castellana? ¿ Hubieran escrito con tanta precision i hermosura, ni arribado á producirse con aquella gracia, con aquel amor de lo bello, que tan bien supieron inspirar los antiguos en todas sus obras? Es ya un axioma comun entre los que cultivan las letras, i han estudiado los progresos del espíritu humano, que no puede haber grandes i consumados literatos, sino se consultan las obras maestras de su clase: i que los fundamentos de la bella literatura como los de las ciencias se encuentran principalmente en la hermosa lengua de Lacio.

Si otras razones no me fuera dado alegar para convenceros de la suma importancia de su estudio, bastarian las muchas gracias, los particulares beneficios, i los honrosos privilegios con que los príncipes amantes de la ilustracion de sus pueblos distinguieron siempre á sus profesores. El emperador Augusto con la proteccion, que prestó á las letras, consiguió dar su nombre al siglo de oro de la literatura romana; i la generosidad i magnificencia, con que aco-

jió las ciencias, añadieron un especial florón á su poderosa corona. La Providencia misma para hacer duradera la memoria de este gran Príncipe quiso que su muerte marcara el término á la virilidad de la lengua latina, que á pesar de los laudables esfuerzos del emperador Antonino amaneció difunta en los tenebrosos tiempos de Odeacro. ¿Qué mayor gloria pudo alcanzar la lengua romana que haberse visto entre nosotros sentada algún día en el solio de los monarcas, i dictar los mas esquisitos preceptos para hacer la pública felicidad del reino? En la Francia, y á principios de este siglo resucitó el habla de Lacio aquel grande hombre que tan gloriosos recuerdos dejó de su dominacion. Napoleon, tan entendido capitán como hombre de Estado i amante del saber, cooperó con decidido empeño para elevar el idioma latino al puesto que debe ocupar en los conocimientos humanos. La Alemania, la Inglaterra, i demas naciones, que marchan al frente de la civilizacion, cultivan la lengua de los romanos con tanto celo i ardor como nosotros en otro tiempo.

En nuestra España perentoria era la necesidad de levantar un firme dique para atajar el impetuoso torrente que amagaba sepultar para siempre los mas preciosos tesoros de la antigüedad. Las ciencias, las artes, las letras á una reclamaban todas imperiosamente un pronto i eficaz remedio á tamaños males. Sus quejas alcanzaron al trono: i convencida S. M. de la grande influencia, que ejerce el idioma latino en la adquisicion de todos los ramos del saber i de las letras, con mano benéfica le levanta de su vergonzoso abatimiento para colocarle con gloria i honor del profesorado al nivel de las otras ciencias. Este hecho solo, Señores, harto significa, i manifiesta mudamente mas que cuanto yo pudiera aducir en favor de la lengua latina. S. M. ha dicho á la España, y á todas las naciones cultas: que sin

el auxilio de la lengua de Lacio pocos, ó ningunos serán los adelantos en la carrera literaria.

Me parece, Señores, haber demostrado hasta la evidencia que el conocimiento de la literatura latina es sumamente útil al teólogo, al jurisconsulto, al médico, al historiador, al literato, i á todas las personas que se dedican al estudio de algun ramo del saber humano. En ella se encuentran los fundamentos de todas las ciencias: en ella tenemos archivados los tesoros que los sabios de todos los siglos legaron á la posteridad: i finalmente su estudio ha contribuido, i contribuirá siempre á los progresos de la civilizacion.

Pero no por ésto creais es mi ánimo se mire la lengua nativa sin el justo aprecio que se ha merecido de los mas grandes sabios de todas las naciones. Su perfecta posesion es del todo necesaria para emitir con propiedad i buen gusto nuestros pensamientos; i en vano sin ella trabajariamos para llegar á ser elocuentes. Penetrado de esta verdad importante, i deseoso nuestro sabio Gobierno de dar á la lengua patria aquel grado de perfeccion, á que elevaron la suya los romanos, mandó con gran tino marchen las dos unidades en sus esplicaciones, para que auxiliadas del poderoso influjo de la filosofia pudiesen los jóvenes conocer á fondo desde sus primeros años los primores de su semejanza, i apreciar debidamente su propiedad comun, i natural riqueza. ¡ Ojala que el estudio de nuestra lengua hubiera hallado tanta proteccion en los demas Gobiernos! Entonces podria sin duda rivalizar hoy con todas las del mundo, pues como decia Felipe IV. «excede á su misma madre en la gravedad de su caracter, en la magestad de sus palabras, i en lo peregrino de sus ecsquisitos i vivaces conceptos.»

Sin embargo de ser tan rica, tan armoniosa, i elegante no falta quien dejándose llevar de la ley instable de la moda introduce sin discrecion i necesidad en sus obras muchos

términos extranjeros, que despojándola de sus galas afean su natural i propia belleza. Mas para nuestra dicha tambien hay en España quien puedé presentar en nuestros dias modelos de la mas acabada elocuencia, en que con las luces de la latinidad hablaron nuestra lengua con no menos propiedad i elegancia que la suya los romanos en los felices dias de Augusto. Esta gloria está solo reservada al que desde su infancia ha consagrado todos los ocios de su laboriosa vida á la imitacion de los esclarecidos poetas é insignes oradores, que con sus taréas enriquecieron las bellas letras de Lacio.

Vosotros, dignisimos i laboriosos maestros de esta Academia, tan conocida por madre de las ciencias, permitidme que os recuerde ahora sois todos llamados á llenar la alta mision de regenerar con vuestras no desmentidas luces nuestra desgraciada pátria, i elevar estos estudios á la altura que reclama la necesidad de los tiempos. Ansiosa está la juventud de ciencia: i ya la España como todos los paises cultos se ajita incesantemente para lograr los resultados apetecidos de las disposiciones reorganizadoras de la enseñanza. Si cada dia se acrecienta sobre manera la importancia i gravedad de vuestro cargo, un sentimiento de moralidad i de pundonorosa gratitud os obliga á sacrificar gustosos los mejores momentos de vuestra vida para desempeñar cumplidamente los arduos i dificiles deberes del magisterio. Deseosa S. M. de dar nuevo impulso á la enseñanza ha elevado, i trabaja con desvelo su ilustrado Gobierno por presentar la bella latinidad en el puesto que no ocupó en los dias mas bonancibles de nuestra literatura. En esos mismos bancos estuvieron sentados para honor de esta Academia los Canos, los Victorias, los Leones, los Melendes, i otros dignos predecesores que con las luces i conocimientos de Roma hicieron gloriosos sus nombres, i están en la memoria de todos; pero que nunca se hallaron á vuestra altura. Considerád

tambien que la España nos contempla atenta en su postracion i abatimiento para recoger el fruto de sus sacrificios: i que si rechazais las reformas justas i necesarias, teméd que otros, menos capaces seguramente, se apoderarán de ellas convirtiéndolas en arma para vuestro daño.

I, si es cierto que las escuelas públicas han de vivir principalmente de la opinion, no tendreis mucho que afanaros para conseguir el triunfo. Respetada ha sido siempre esta Academia por los sábios, i príncipes de todos los paises: i en no lejanos dias tuvieron á mayor gloria algunos capitanes de naciones cultas condecorarse con vuestras insignias, que ceñir su frente con la corona que merecieron por sus victorias. Por esto la augusta benignidad de nuestra REINA hizo que no naufragára esta escuela en las temibles borrascas, que pasiones, acaso poco nobles i generosas, le levantáran en el nuevo arreglo de la enseñanza. Correspondamos agradecidos con nuestros desvelos á tan alta dignacion, i á los continuos afanes del Rector de esta Academia, que no contento con haber dado en dias bien azarosos i tristes sobradas pruebas por la felicidad de este pueblo quiso mas vivir entre nosotros que, vistiendo con honor la toga, disfrutar tranquilo el justo premio de sus trabajos. Redoblád, pues, vuestros esfuerzos: i acaudillados por tan digno Gefe hareis entender al mundo sábio que aun puede Salamanca conservar en el dia su merecido nombre, i mantener con esplendor i brillo el trono de la inteligencia que en ella colocó su reputacion literaria. La gloria de los pueblos se convierte con frecuencia en ventajas positivas para ellos mismos: i no dudeis que unida á vuestra asidua laboriosidad la memoria de los grandes hombres de esta Academia atraerá de nuevo á ella á los amantes de la ilustracion i de las ciencias; i la salvará de su muerte política. Tales son los deseos de nuestra REINA: no son otros los cuidados i anhelo del Gefe de esta escuela:

así lo apetecen los buenos padres de la juventud estudiosa: i así tambien lo espera con ansia este desolado pueblo, que aguardaba por cierto mejor fortuna.

Por último, celosos Decanos, i demas sábios profesores de esta Academia, os diré para concluir: que si debeis casi todos á Salamanca los primeros momentos de vuestra existencia: si pasasteis en su seno los dias de vuestra lozana juventud en el improbo cultivo de las ciencias: si presenció alborozada el premio de vuestras tareas al honraros con esas galas que tanto os distinguen: si Salamanca, en fin, cifra ya solo la vida en los talleres de Minerva, escuchád propicios las sentidas voces con que sus hijos postrados entre los escombros de sus antiguas glorias os piden como en otro tiempo pan: i pan les debemos. Favorecidos con el beneficioso influjo de todas las autoridades de esta provincia, i animados de los "salvadores sentimientos de fraternidad i concordia" hagámonos dignos de la nacional gratitud: i mereceremos entonces la bienquerencia de nuestra REINA, el aprecio de su Gobierno, i la estimacion de cuantos aman los buenos estudios, i los sólidos progresos de las ciencias i de las artes.

I vosotros, jóvenes estudiosos, en quien coloca la patria las mas gratas i lisongeras esperanzas de un dichoso porvenir, abierta teneis la senda del saber i de la gloria, si quereis subir á la difícil cumbre de la inmortalidad. A ella llegaron los grandes hombres de esta Acedemia, i merecieron la justa reputacion de que gozan en el mundo literario estudiando con maestría i afan los incomparables modelos de la bella latinidad. Registrád incansables con atencion i perseverancia las muchas i escelentes obras de que abunda esa biblioteca enriquecida últimamente con las de otros establecimientos científicos de esta poblacion; pero sin un conocimiento perfecto de la lengua latina os hallareis sumerjidos como Tántalo en los copiosos raudales de las ciencias

sin poder saborear sus dulces aguas. Arido i desabrido os parecerá acaso este estudio; mas con su auxilio el sacerdote, el abogado, el hombre público recorrerán con provecho el vasto campo de la literatura, estudiarán la multitud de escojidos libros de todos tiempos, i hablarán siempre con pureza i elegancia nuestro idioma. No os arredre, si por un orgulloso espíritu de nacionalidad se vieron obligados por algun tiempo nuestros literatos como los de Roma á ocultar el fruto de sus taréas al pueblo, que miraba con desden i menosprecio á los que se dedicaban al estudio de los griegos. Ya sufrió en nuestra España semejante humillacion la latinidad. Levantada de su abatimiento mostrará bien pronto el vigor i lozanía, que conservó aun en su vida retirada: i al amparo de las acertadas disposiciones de nuestro Gobierno no tardará en desplegar airosa sus ricas i hermosas galas.

No desdeñeis como vil plajio toda imitacion: infatigables estudian con esmero los pintores, los escultores, i todos los artistas los monumentos de la antigüedad romana; i es de admirar que muchos jóvenes de nuestros dias aspiren en la carrera literaria á la no envidiable orijinalidad de la carencia absoluta de formas convenientes, de estilo propio, i del buen gusto que se forma solo con el estudio de los clásicos latinos. Sin éste vuestro genio se abrirá nuevos caminos i sendas inusitadas; mas no evitará los estravíos i precipicios de una imaginacion febril i ardiente: se elevará con sus alas hasta los cielos, i torciendo con frecuencia su vuelo magestuoso i atrevido se arrojará lastimosamente en un abismo. Si bien el exceso mismo del mal produjo en breve en la juventud literata una saludable reaccion que, haciendo mas sensibles cada vez sus progresos, muy pronto llegará al término deseado.

Tenéd tambien, jóvenes estudiosos, muy presente que nunca merecerá el nombre de literato quien con unas felices

disposiciones forma alguno que otro discurso con frases pomposas i escogidas para manifestar pensamientos que deslumbran por el brillo de su novedad; i atormenta su ingenio por amontonar sentencias misteriosamente obscuras, que como livianas flores se marchitan al nacer, i cuyo falso lujo descubre mas su verdadera pobreza. Tales producciones nunca sobrevivirán á las circunstancias que les dieron el ser, i quedarán sepultadas en un eterno olvido; mientras que las obras, que son debidas á la imitacion i estudio de los grandes modelos de la latinidad, vivirán tanto como dure el habla castellana.

Si os sentis animados en vuestra juventud, y bulle con ardor en vuestro pecho el deseo de seguir la honrosa carrera de las armas, sabéd que nunca hubo esclarecidos capitanes sin ser grandes sabios. Desde este mismo recinto salió animoso Hernán Cortés adornado con el conocimiento de la filosofia i de las humanidades á engrandecer en lejanas tierras nuestro imperio, i conquistar el nuevo mundo. Hurta- do de Mendoza, Carlos Coloma, Garcilaso, Cervantes, Hercilla, Cadalso, i otros manejaron con igual destreza la pluma que la espada. Aprovecháos, en fin, todos los que os dedicais al estudio de las letras i de las ciencias « de la imita- « cion en lo que fuereis escribiendo, como nos enseña el mis- « mo inmortal Cervantes, i procurád que á la llana, con pala- « bras significantes, honestas i bien colocadas, salga vuestra « oracion i periodo sonoro i festivo, dando á entender vues- « tros conceptos, sin intrincarlos, i escurecerlos.» Grabád hondamente en vuestra memoria tan saludable consejo, é imitando como él en vuestras taréas á los insignes escritores latinos alcanzaréis para vosotros, para esta Academia, para vuestra patria, i el reinado de ISABEL 2.<sup>a</sup> una corona de gloria inmarcesible, que « jamas se eclipsará, como dice Ci- ceron, por ilustrarla la lumbré de las letras.» HE DICHO.

